

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 5 DE SEPTIEMBRE DE 1909

NÚMERO 23

88



UNA BUENA LECCION

(CONCLUSIÓN)

—¡Alto allá, buen hombre, no tan de prisa, si gustáis!—dijo entonces con clara y segura voz el *dervich*, saliendo de su voluntario silencio.—Queréis quemarme. Pronto condenáis á las gentes honradas. No

Ayuntamiento de Madrid

soy más hechicero que vos ó que cualquiera de los muchos que me rodean. Soy sólo un pobre viudo que ha utilizado su vida, ya muy larga, en adquirir un poco de experiencia. Ya me he burlado bastante, y si lo deseáis, voy á explicaros todo lo que os parece obscuro en este asunto. Mis acusadores son, como ya se lo he dicho á ellos mismos, unos burlaques. Voy á darles, y al mismo tiempo á todos vosotros, una pequeña lección que os enseñará cómo se llega á sabio cuando en vez de no hacer nada, de perder el tiempo, se interesa uno en mirar y observar lo que sucede alrededor suyo. Cierto, yo no he visto el camello de estos mercaderes. Pero—seguid bien mi razonamiento—al caminar por el desierto he visto en la arena las huellas marcadas por el paso de la bestia, y como no había la menor señal de pies humanos, me he dicho: “Por aquí ha pasado un camello solo, que debe haberse perdido de una caravana ó que se ha escapado de casa de su amo.”

En seguida, poniendo más atención en examinar la arena, he comprobado que las huellas de tres cascos, dos á la derecha y uno á la izquierda, eran más profundas que las del cuarto casco. De esto he deducido: “El animal debía tener enferma la pata delantera izquierda.”

Continuando mi minucioso examen he notado en algunos sitios pequeñas hierbas, y me he dado cuenta de que la bestia no había comido más que aquellas que se encontraban á su izquierda, luego no había visto las de la derecha, y para no verlas era necesario que fuera tuerto.

En fin, por la manera como había comido era forzoso reconocer que le faltaba un diente, porque siempre quedaban algunas verdes briznas intactas en medio de las plantas brutalmente arrancadas.

En cuanto se refiere á la clase de la doble carga que llevaba el camello, me fué más fácil reconocerlo, porque á un lado de las huellas señaladas en la arena las hormigas venían á proveerse de granos de arroz, y al otro lado, numerosas moscas se posaban sobre gotas de miel.

Ved, pues—terminó el *devrich*,—que no soy ni hechicero ni ladrón, y que de la manera más sencilla, preguntando sólo á mi espíritu observador, es como he conocido los menores detalles relativos á un camello que yo no había visto.

Todos vosotros seríais tan astutos como yo si os gustase fijar vuestra atención en los pequeños detalles de las cosas que os rodean. Creo que me he justificado bastante para que veáis que es injusto juzgar á los demás á la ligera, y que las cosas más complicadas en apariencia son frecuentemente las que con más sencillez se explican.

Todo el mundo aplaudió. El juez devolvió la libertad al anciano, no

sin felicitarle antes por su sabiduría, y como el fraile musulmán era muy bueno, perdonó á los dos mercaderes sus ruines sospechas, sus insultos y hasta sus golpes. Propuso á todos los que le escuchaban respetuosamente reunirse para ir en busca de la bestia fugitiva. Lo aceptaron, y pocas horas después encontraron el camello.





ALFONSITO EL SABIO

CONTINUACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Un sitio del bosque. Es de noche.

ESCENA I

ALFONSO, al lado de la bicicleta.

¡Imposible encontrar el camino! He corrido horas enteras creyendo siempre hallar la salida de este espeso bosque, y cuando más confiado estaba en acertar, me encontraba con que me había internado más en la espesura. Estoy rendido, y este diantre de chisme (por la bicicleta) se me ha ido á estropear cuando más la necesito. Tropecé en alguna raíz, y gracias á que no me he hecho gran daño en la caída, pero la máquina ha quedado inservible hasta que la arreglien. Si siquiera tuviera luz, yo trataría de componerla, ¡pero si no se ve gota! La verdad es que no me ha resultado la combinación. Creí que retrasando mi vuelta me haría interesante. Todos en casa estarían aguardándome intranquilos; quizá salieran á buscarme, asustados, y entonces quería yo aparecer haciendo mi entrada triunfal. Todo ha salido al revés. ¡Me he lucido! ¡Qué

poco agradable resulta el campo de noche! No es que tenga miedo, pero... la verdad, es que no estoy á gusto en esta soledad. ¡Como no está uno acostumbrado á vivir á obscuras, se extraña tanto! (Dando un salto.) ¿Eh? ¿Qué es esto? He oído un ruido cerca de mis pies. Algún animalucho que se arrastra sobre las hojas secas. ¡Con lo que á mí me repugnan los bicharracos. (Escuchando.) Sí, por aquí se le siente. (Separándose del sitio.) ¡Qué asco! ¡Y en estos terrenos pedregosos dicen que suele haber víboras! Esto sí que es grave. Cualquiera se sienta en el suelo. ¡Con lo cansado que estoy! ¡Qué noche tan negra! ¡Qué mala suerte tengo! No haberme tocado una noche de luna para esta aventura. (Suena el canto del cuco; Alfonso se estremece.) ¡Qué tontería! ¡Pues no me ha asustado el canto de ese pajarraco! ¡Como no lo esperaba...! Además de que es un canto trístico y antipático, muy desagradable. (Vuelve á cantar.) ¡Y dale! ¡Qué nervioso estoy! La voz de un pájaro me im-

presiona como si fuera el aullido de una fiera. Aquí... aquí no habrá fieras; ¡qué las ha de haber tan cerca de poblado! ¡Parezco tonto! Pero reptiles sí que hay y andan por aquí, ¡canario! (*Mudando de sitio.*) Se han propuesto fastidiarme. No tendrán sitio para andar por este bosque que han de venir por donde yo estoy... Si pudiera espantarlos. ¡Ea, fuera bicharracos indecentes! (*Da palmadas para hacer ruido, que el eco repite.*) ¿Qué? ¿Qué ha sonado á lo lejos? (*Gritando.*) ¿Quién va? (*El eco repite, va, va, va...*) ¡Ah, es el eco! Me carga el eco. Parece que debía de acompañar oír uno su voz repetida, y asusta, porque parece otra voz extraña. Pero debo gritar. Deben de haber salido á buscarme y no sabrán en qué sitio me encuentro... (*Gritando muy fuerte.*) ¡Aquí estoy, aquí! (*El eco repite la última sílaba.*) ¡Papáaa...! Nada; nadie contesta. Estarán por otro lado y no me oyen... Esto es tan grande... Si pudiera subirme á un árbol, quizá desde lo alto me haría oír mejor; ¡pero si no sabré! (*Trata de trepar por un pino.*) ¡Imposible! Siempre me han parecido ordinarias estas habilidades y nunca las he ejercitado. (*Suena un silbido lejano.*) ¿Un silbido? ¿Será de un pájaro? ¿Será de una serpiente? ¿Será de una persona? (*Escucha unos momentos y vuelve á oírse otro silbido prolongado y algo más cerca.*) Es de persona, sin duda; ¿pero de qué persona, Dios mío...? ¡Quién sabe! Aquí habrá mala gente, como en todas partes. Si saben que me he perdido y conocen lo rico

que es mi padre, tratarán quizá de secuestrarme para sacarle dinero. (*Suena el silbido más fuerte.*) Se acerca, y eso es sin duda una señal. ¿Qué va á ser de mí? ¡Amparadme, Dios mío! (*Cae de rodillas. Suena una voz.*) ...fon sooo...! ¡Mi nombre! ¿Serán los míos? No; los de casa traerían antorchas ó linternas, y vendrían varios. Este que avanza en las sombras me llama para cogermé.

LA VOZ. ¡Al...fon...sooo...!
 ALFONSO. ¿Será para salvarme? Ay, yo quisiera contestar y no, no puedo... me falta la voz.
 LA VOZ. ¡Al...fon...sooo...!
 ALFONSO. ¡Cielos! Si parece Perico. (*Haciendo un gran esfuerzo, grita.*) ¡Por aquí...!

ESCENA II

ALFONSO y PERICO

ALFONSO. ¡Suenan pasos! ¡Corren hacia aquí! ¡Se acercan...!
 PERICO. (*Llega corriendo.*) ¡Uf, qué carrera! ¿Pero por qué no contestaba, cuando yo me desgañitaba á gritar?
 ALFONSO. Perico. Amigo mío. ¿Eres tú? (*Le tiende la mano.*)
 PERICO. ¡Anda, salero! ¡Su amigo y me da la mano! No, señorito. Ya me ha dicho usted que los criados no deben dar la mano.
 ALFONSO. ¡Perico!
 PERICO. Me llamo. ¿Qué tal y cómo vamos por estos pinares? ¿A qué distancia vendrá á estar de aquí la luna?
 ALFONSO. No te burles de mi situación.
 PERICO. ¡Si no me burlo! ¡Es un decir!
 ALFONSO. ¿Cómo has podido dar con mi paradero?
 PERICO. Pues no lo sé. Ha salido la mar de gente á buscarle á usted.
 ALFONSO. No me llames de usted.
 PERICO. ¡Canastos! ¡Qué cariñoso se ha puesto el tiempo! ¡Pues como quieras, chico!

Continuará.



RELATOS DE CAZA

HISTORIA MARAVILLOSA

Para pagar los beneficios recibidos acuda cada cual á su tesoro. Hábeisme proporcionado un buen bocado con que refocilar mi estómago, una lumbrarada con que desentumecer mis ateridos miembros y un techo que me defienda de las inclemencias de esta invernall noche. Y como yo no tengo sueldos en mi bolsa ni alhajas en mi tocado para pagaros tanto bien, satisfaré mi deuda contándoos una curiosa historia, que éste es el caudal de los bardos: cuentos, narraciones y leyendas...

Dicho esto, los habitantes de la choza se acercaron todavía más al juglar que, después de apurar *un vaso de bon vino*, les contó lo siguiente:

—Había en una agreste sierra un soberbio castillo del que era dueño un noble muy dado á toda clase de vicios y de iniquidades. El depredaba á sus vasallos gastándose el fruto de sus sudores con lascivas hembras y malvados hombres y provocando todos los días la ira del cielo con sus abominables hechos. Como hubiera también en la sierra un anciano ermitaño que vivía entregado á austeras penitencias y mortificaciones, enteróse de la disipación del noble y acudió á su castillo pensando remediarla con sus exhortaciones; pero lo que consiguió con esto fué exasperar al malvado hasta tal punto, que un día determinó encaminarse á la ermita y clavarlo con su jabalina al

Ayuntamiento de Madrid

tronco de una encina. Sólo, pues, y á pie, comenzó á andar por la sierra, llevando consigo un hermoso perro. La tarde, aunque un poco calurosa, era muy agradable. Hacíanla poética los arroyos murmuradores, las apacibles frescuras, las gratas sombras y las perfumadas florecillas en que abundaba la montaña. El noble, sin más pensamiento que su venganza, se dirigía á la ermita, cuando vió un ciervo que, á pocos pasos de él, salió saltando. Rápido como el rayo, le tiró la jabalina y lo hirió gravemente, por lo cual se lanzó tras el desventurado animal, precedido de su perro que aullaba lastimeramente... Pasado un buen rato, y como llegaran al borde de un hondo precipicio, el ciervo subió por el ancho tronco de una encina, que

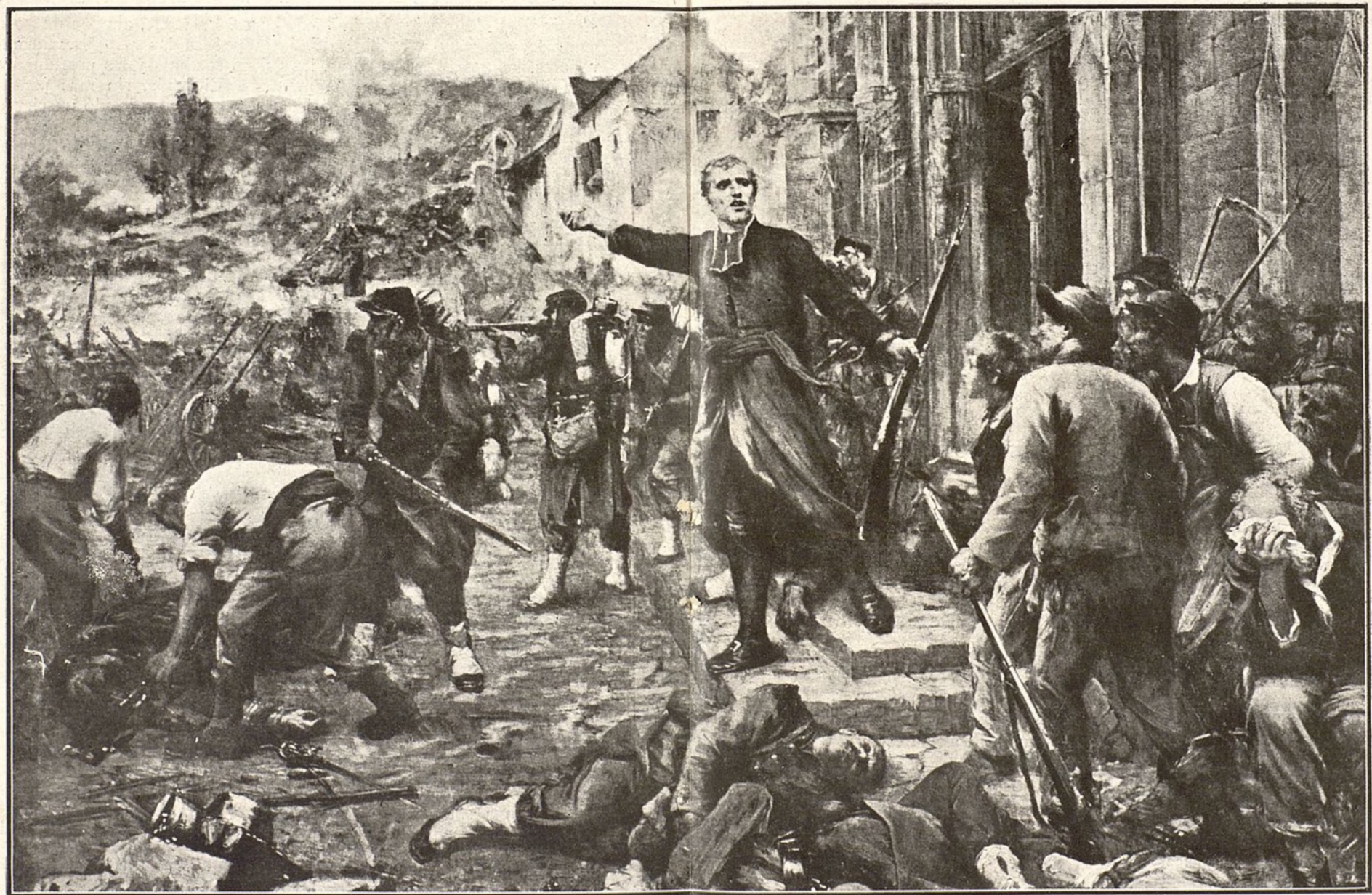


sobre él mismo tendía sus retorcidas ramas, y cuando se acercó su perseguidor, he aquí que la pacífica beata habíase convertido ya en una disforme serpiente. El caballero quedóse atónito y entonces el reptil, enroscándosele al cuerpo, lo suspendió en el aire, alzólo sobre el abismo, y lo dejó caer... Un horrisono trueno retumbó en el espacio y una sombra negra, semejante á un gigante en el cielo, ascendió del precipicio, al mismo tiempo que una voz divina decía desde el cielo:

—¡Viva tranquilo el buen ermitaño...! ¡El Señor vela por sus siervos...!

Y el perro, en lo alto de una roca, metía la cabeza en las fauces de la sima y, ladrando, llamaba á su amo...

José A. LUENGO

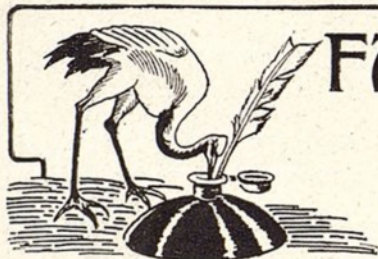


BAZEILLES

Uno de los episodios más terribles de la guerra franco-prusiana fué el incendio de la aldea de Bazeilles por las tropas alemanas, donde perecieron casi todos sus habitantes. Esta represalia tuvo por origen el ha-

ber rechazado Bazeilles todo un cuerpo de Ejército con un puñado de franceses, de cuya hazaña fué uno de los héroes el padre Baudelot, cura ecónomo de la pequeña aldea francesa.

Ayuntamiento de Madrid



FABULAS ESCOGIDAS

UN DESCUIDO

En Tetuán cierta mona
salió luciendo á la calle
tal donaire y gentil talle,
tal caizón, chupa y valona,
que la creyeron persona;
mas al hacer contorsiones
con donosura española,
dejó su enroscada cola
descorridos los faldones.
Entonces entre la gente
se oyó este refrán sencillo:
*Por el hilo fácilmente
puede sacarse el ovillo.*

EL GATO Y EL AVE

Por pillar un gató un nido,
cayó de un alto tejado,
y quedó al punto estrellado
sin haberlo conseguido.
Salió el pájaro aturdido,
y exclamó, su fin al ver:
“¡Gatos, venid á aprender
en esta amarga lección,
cuánto ciega una pasión
y á qué conduce un placer!”
Ni el mísero gorrión,
sólo pluma y sólo hueso,
está libre del exceso

de su insaciable afición;
que en medio del buen jamón,
del lomo, carne y relleno,
de pajarillos, sin freno,
intentan hacer acopio...
*¡Cual hombre que huye lo propio
y ansioso busca lo ajeno!*

EL MONO Y EL PARAGUAS

Un día claro, risueño
un mono el cielo observó,
y por el balcón tiró
el paraguas de su dueño.
“De ir contigo me desdeño—
dijo,—no te he menester,
porque no se puede ver
más puro y más limpio cielo...”
De pronto se nublá, y helo
que echa á mares á llover.
El monó á la calle salta,
emprendiendo su carrera,
y se moja la mollera,
del paraguas por la falta;
claro á sus ojos resalta
que aquel castigo merece,
*pues lo que inútil parece
hoy, y cosa pobre y vana,
á nuestros ojos mañana
un grande aprecio merece.*

EL BARÓN DE ANDILLA.



LAS BONDADES DE NINI

XLII

Jesús...! ¡Jesús...! y ¡Jesús! ¡Ave María Purísima y qué malas son las personas! Si ya se lo decía yo á ustedes. Siempre lo estoy diciendo á mis amiguitas de GENTE MENUDA: “¡No hay nadie bueno más que Niní!” ¿Verdad que es verdad? ¡Clarito! ¿No es cierto que lo del otro día fué un atropello? ¡Pues naturalmente! ¿A que todos piensan como yo? ¿Qué...? ¿Qué dicen ustedes...? ¡Anda, salero! Si ahora me acuerdo de que no les he contado nada, y naturalmente, no pueden saber si tengo ó no razón. Es el caso que el día de las flores hubo una catástrofe, y la voy á decir. ¿Se acuerdan ustedes de que yo estaba echadita en mi cama? Bueno; pues llegaron las monjitas, y la madre Rosario se acercó á mí; yo me hice la dormida, y la oí decir:

—¡Dios mío! ¿Habrá estado Niní todo el tiempo durmiendo ó habrá hecho alguna travesura?

Me dieron muchísimos deseos de gritar: “¡Oiga usted, madre Rosario! ¿Cuándo he hecho yo travesuras? ¡Nunca!” Pero me callé y seguí con los ojos cerrados, hasta que oí que decía una niña:

—¡Huy qué precioso está el altar del Niño-Dios, madre!

Todos fueron á verle, y la madre Rosario volvió junto á mi cama y me llamó.

—¡Niní!, ¡Niní! Despiértate. ¿Eres tú la que has colocado las flores en ese altar?

—Sí, yo mismita. ¿Es eso malo?—contesté.

—No, hija; malo, no; pero ¡nos habrás dejado el jardín pelado!

—Pues mejor están con el Niño-Dios que vale más que todos.

—Sí... efectivamente... está muy bien dicho eso, Niní...—respondió la madre Rosario.—Pero... ¿no estabas mala?

En fin, el caso es que así se quedó, cenamos y... nos fuimos á acostar. Pero en cuanto las niñas se metieron en las camas... ¡qué de gritos... ¡qué de chillidos...! ¡Ay...! ¡ay...! ¡ay!, se oía decir por todos lados... “¡Socorro, madre, que me pinchan los diablos!”; decía una. “¡Ay que me matan!”; gritaba otra, y todas... “¡Ay!, ¡ay, madre mía...! ¡Qué daño!” ¡Qué chillonas! ¡Claro! Al oír tal algarabía vinieron las monjitas, y ¡se armó un jaleo monumental! Empezaron á sacar á las niñas de las camas, y busca por aquí, busca por allí, las monjas decían:

—¡No veo nada! ¡No veo nada!

Y yo me metí debajo de las sábanas ríe que ríe al ver aquel lío. Las monjitas, apuradísimas, exclamaban:

—¡Pero qué será esto, Dios mío, qué será esto! ¡Y todas, casi todas quejándose lo mismo! ¿Qué será, Santísima Virgen?

Las chicas parecían grajos, de veras; parecían grajos, chillaba que te chillaba. Así estaban las cosas, cuando fué una de las monjitas y desnudó á una de las niñas pequeñas y la puso junto á una luz, y exclamó de pronto:

—¡Cristo! ¡Si tiene lo menos seis espinas clavadas en el cuerpo!

—¡A ver!, ¡á ver!—dijeron otras.

Y se acercaron para verlas y sacárselas; de pronto, la madre Rosario dió una voz:

—¡Esto es una fechoría de la señorita Niní! ¡Para hacer semejante desatino fingió un dolor de cabeza! ¡Qué mala!

Y todas las monjitas y las niñas chillaban:

—¡Es preciso castigarla!

—¡Que la peguen, que me duele mucho!

—¡Vamos á dar parte á su familia!

—¡Señorita Niní!—oí gritar á la madre Rosario,—¡levántese usted!

—No puedo, que estoy durmiendo—contesté.

—¡Levántese usted, señorita Niní!

—¡Que me van á despertar con tanto ruido!—seguí diciendo.

Pero no me valió; la madre Rosario levantó las sábanas, me cogió de un brazo y... ¡cataplum!, me puso en camisón en medio del dormitorio.

—¡Mire usted cómo ha puesto á sus compañeras—dijo la madre Rosario.—¡Mire usted cómo echan sangre de sus cuerpecitos! ¡Mire usted cómo lloran! ¡Mire usted el disgusto que tenemos todos! ¡Un mes seguido estará usted sin postre!

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.



Ayuntamiento de Madrid



FRAY LUIS DE LEÓN

El maestro salmantino nació en Belmonte á mediados de 1528, siendo el primogénito de los hidalgos Sres. D. Lope de León y dcña Inés Valera. Hizo sus primeros estudios en Madrid y Valladolid, pasando después á Salamanca, donde, ilustrado por los varones eminentes que en la Atenas española florecían, dió á conocer su gran ingenio y su vocación artística.

Este egregio poeta y escritor, grande entre los grandes de su tiempo, ávido de mortificación y de retiro, vistió el hábito de San Agustín en el famoso convento en que aún brillaba la angélica memoria de Juan de Sahagún y resplandecía el elocuyente y fervoroso Tomás de Villanueva. El 29 de Enero de 1544, después de renunciar el pingüe ma-

Ayuntamiento de Madrid

yorazgo en su hermano segundo, emitió públicamente sus votos de religioso, y desde esa fecha su vida es la de cualquier estudiante enamorado de los libros, obscura en episodios, pero llena de frutos que le enaltecen y le han dado justa y merecidamente un preeminente lugar entre los hombres inmortales.

La fama de sus obras ha recorrido el mundo entero; pero ninguna ha alcanzado tanto renombre como la titulada *Los nombres de Cristo*, que publicó el año 1583, y juntamente con la *Perfecta casada*, otro libro lleno de belleza y de elevación espiritual.

No fueron las nombradas las únicas que escribió el místico poeta, si que también dió á la publicidad el libro de mucho mérito titulado *El cantar de los cantares* y otros que, si no tuvieron tanta popularidad, no por eso dejan de ser tesoros dignos de conocimiento.

Cuando mayor era la gloria que circundaba al gran agustino, la rivalidad escolar le puso enfrente á Bartolomé de Medina, que, celoso de la indiscutible valía de su compañero en profesión, no cejó hasta denunciarle á la Inquisición como culpable de herejía, y por haber traducido al castellano directamente del hebreo *El cantar de los cantares*; por estos motivos estuvo encerrado cinco años en una cárcel, oyendo á diario las majaderías é insulseces que la ignorancia y la intransigencia inspiraban á sus perseguidores y la pena que los licenciados MENCHACA, Alava, Luis Tello y Albornoz pidieron de que se le diera tormento.

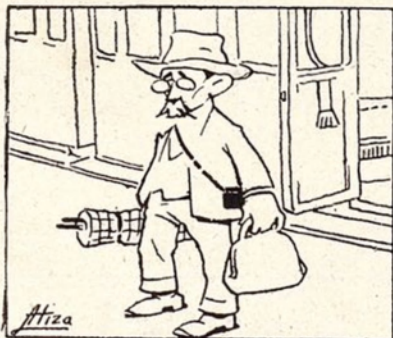
Por fortuna, y hasta para horror del Santo Oficio, la Suprema Inquisición dictó sentencia absolutoria el 7 de Diciembre de 1576, dando con ello á fray Luis de León la reparación y las explicaciones que su talento y su saber merecían.

Su entrada en Salamanca con el documento oficial de su rehabilitación fué una manifestación de júbilo, en la que figuraban caballeros, doctores y cuanto tenía alguna consideración en la Universidad.

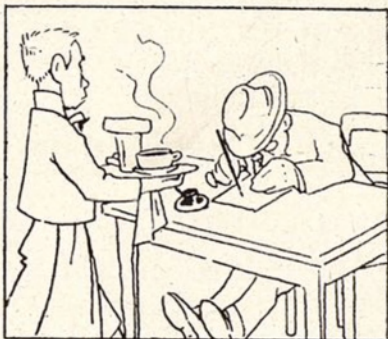
De su conducta para con sus adversarios baste decir que renunció su cátedra á favor de fray García del Castillo, que fué uno de los que le acusaron como hesélico, y su voto de doctor en beneficio de Bartolomé de Medina, origen de sus padecimientos. Pero el Claustro universitario, no queriendo desposeerse de tan insigne varón, fundó la cátedra de Escritura para que la explicase fray Luis, quien en ella comenzó sus lecciones el 2 de Enero de 1577.

No concluyeron para él los trabajos de la controversia. Con los doctores de una y otra Orden tuvo muchas veces que discutir, esforzándose en hacerles comprender la verdad de sus asertos, que luego ha sancionado la ciencia, y así, hoy explicando, mañana defendiendo sus doctrinas, ora escribiendo libros, ya entendiendo en la reforma de Santa Teresa de Jesús, acabó sus días en Madrigal, cuando trazaba la vida de la Virgen de Avila, el 23 de Agosto de 1591. Su nombre, elogiado por Cervantes, Lope, Quevedo y otros, es de los que guarda el mundo como gloriosos é imperecederos.

CHIFLADURAS



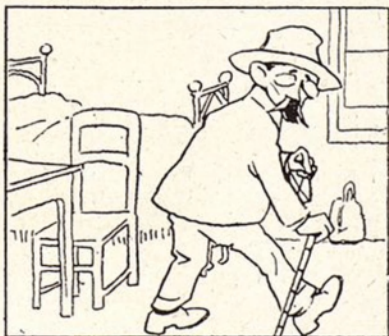
Llegó á Madrid con traje de lanilla,
desde Coria, el ilustre Bobadilla.



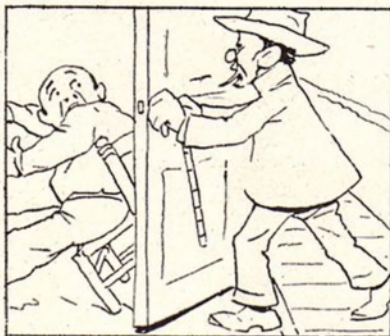
Ya en el hotel, escribe á su hijo Bruno
mientras le entra un sirviente el desayuno.



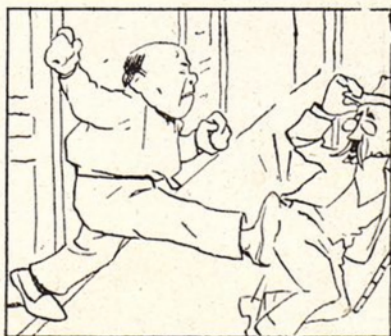
Es tal su distracción, que el majadero
sin darse cuenta se sorbió el tintero.



Después salió con prontitud y aseo
para poner la carta en el correo.

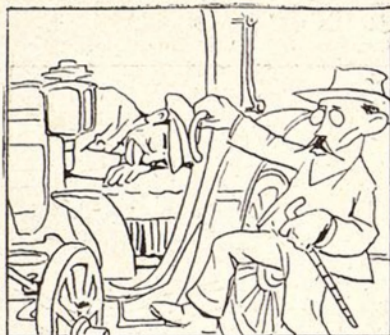


Pero tuve una nueva distracción
y dió á un huésped "mediana desazón,,.

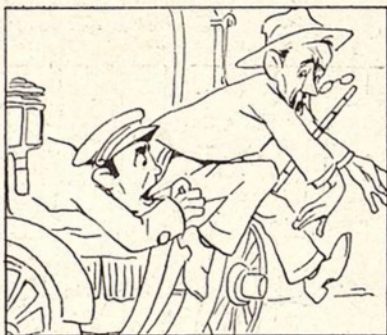


Quien al momento y con cortés manera
le indicó dónde estaba la escalera.

Ayuntamiento de Madrid



Y á fin de aprovechar, ¡que el tiempo vuelva,
sin vacilar subió en "una maaneta,,



Mas no bien se hubo el pobre acomodado
sintió un mordisco en "sitio reservado,,



Poco después, momento inoportuno,
sintió... el haber tomado desayuno.



Y puso en situación tan angustiada
"mano en barriga y pies en polvorosa,,



No sabiendo explicar por qué corría
dieron con él en la Comisaría.



Y al verle sudar tinta, ¡oh policial,
¡hasta lo del finero descubrial

Ayuntamiento de Madrid